

El debate político y la gestión educativa durante los gobiernos de Truman y Eisenhower

José Antonio Abreu Colombri

José Antonio Abreu Colombri

Universidade do Piemonte Oriental – Vercelli, Itália

E-mail: abreucolombri@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8698-6493>

Temática livre

Resumen: Después de la Segunda Guerra Mundial se produjo una gran transformación del orden internacional, que tuvo profundas consecuencias en las políticas internas de los Estados Unidos de América. Durante las presidencias de Harry Truman (Partido Demócrata) y Dwight Eisenhower (Partido Republicano), la educación se convirtió en uno de los temas más importantes de las agendas institucionales y de los debates político-legislativos. En este período, el discurso conservador se expandió ampliamente y condicionó las formas de gestionar los centros educativos, los métodos docentes y los contenidos programáticos. Los agentes sociales del conservadurismo se aliaron con numerosos representantes políticos – a nivel federal y estatal – para imponer su sistema de creencias en el sistema educativo, con el fin de garantizar la identidad nacional y la tradición sociocultural, criminalizando el pensamiento intelectual, el progresismo educativo y las corrientes ideológicas de izquierda.

Palabras clave: Partido Demócrata; Partido Republicano; Educación; Conservadurismo; Estados Unidos de América.

Artigo recebido em 11 de dezembro de 2024 e aprovado para publicação em 11 de abril de 2025

DOI: <https://doi.org/10.33871/nupem.2026.18.44.10056>

Political debate and educational management during the Truman and Eisenhower Administrations

Abstract: After the Second World War, a major transformation of the international order took place, producing profound consequences for the domestic policies of the United States of America. Education became one of the central issues on institutional agendas and in political and legislative debates during the administrations of Harry Truman (Democratic Party) and Dwight Eisenhower (Republican Party). During this period, conservative discourse expanded significantly and shaped the management of educational institutions, teaching methods, and curricular content. Conservative social actors allied themselves with numerous political representatives – at both the federal and state levels – in order to impose their belief system on the educational system, seeking to preserve national identity and sociocultural tradition while criminalizing intellectual thought, progressive education, and left-wing ideologies.

Keywords: Democratic Party; Republican Party; Education; Conservatism; United States of America.

O debate político e a gestão educacional durante os governos Truman e Eisenhower

Resumo: Após a Segunda Guerra Mundial, assistiu-se a uma grande transformação da ordem internacional, que teve profundas consequências nas políticas internas dos Estados Unidos da América. A educação tornou-se um dos temas mais importantes das agendas institucionais e dos debates político-legislativos durante os governos de Harry Truman (Partido Democrata) e Dwight Eisenhower (Partido Republicano). Nesse período, o discurso conservador expandiu-se amplamente e condicionou as formas de gestão dos centros educacionais, os métodos de ensino e os conteúdos programáticos. Os agentes sociais do conservadorismo aliaram-se a diversos representantes políticos – em nível federal e estadual – para impor seu sistema de crenças ao sistema educacional, com o objetivo de garantir a identidade nacional e a tradição sociocultural, criminalizando o pensamento intelectual, o progressismo educacional e as correntes de esquerda.

Palavras-chave: Partido Democrata; Partido Republicano; Educação; Conservadorismo; Estados Unidos da América.

Introducción

La comunidad historiográfica no ha sido capaz de consensuar una fecha de conclusión para el periodo de la Gran Depresión. Algunos investigadores consideran que la repentina muerte del presidente Roosevelt supuso el final de una época, ya que se puso fin a un estilo de gobernanza personalista. En ese momento, los discursos progresistas fueron cada vez más inusuales y se abrió un nuevo ciclo económico con motivo de la inminente finalización del conflicto mundial. Por consiguiente, entre abril de 1945 – con el fallecimiento del presidente Roosevelt – y junio de 1948 – con el bloqueo fronterizo de Berlín – se inició un periodo de abrupta transformación de la mentalidad política y sociocultural en los Estados Unidos. Las dinámicas progresistas en los debates institucionales, las manifestaciones sociales y las producciones comunicativas se vieron desplazadas ante el avance del activismo conservador, orientado a ejercer control sobre los procesos legislativos, las aulas y los libros de texto. Es posible afirmar que la gestión ejecutiva de Truman y Eisenhower (1945-1961) fue, claramente, conservadora.

El candidato republicano Thomas Dewey, en un momento de crecimiento de expectativas propias y de desgaste ostensible de los oponentes, perdió las elecciones presidenciales de 1944 y 1948. Se trataba de un periodo en el que la translación ideológica hacia el conservadurismo tuvo consecuencias en los dos grandes partidos y en todos los estratos de la administración pública. Antes de la victoria electoral del republicano Eisenhower en 1952, se produjo una tensión progresiva entre los órganos del poder ejecutivo y el poder legislativo, motivada por una serie de elementos programáticos muy sensibles para la opinión pública, entre los que se encontraban (de forma destacada) la acción exterior, la seguridad nacional y la gestión educativa. En este sentido, los grupos de presión de diferentes organizaciones eclesíásticas (partidarias de programas gestión pública basadas en la tradición y en la identidad nacional estadounidense), entre otras muchas demandas, empezaron a plantear la necesidad de ejercer un mayor control sobre los programas educativos y las plantillas de funcionarios.

De forma paralela, la revisión conservadora también fue perfilando agendas en el Partido Demócrata. Por ello, en la Convención Nacional Demócrata de 1944, Harry Truman fue nominado como candidato a la Vicepresidencia en lugar de Henry Wallace, quien tenía un claro perfil reformista y progresista. No obstante, en aquella polémica convención de Chicago (19-21 de julio), varios candidatos a la Vicepresidencia se manifestaron en contra de las reformas de New Deal, se distanciaron paulatinamente del liderazgo de Roosevelt o acabarían su trayectoria institucional – años después – en las filas del Partido Republicano. Entre ellos, figuraban John Bankhead (senador por Alabama), Elbert Thomas (senador por Utah), Scott Lucas (senador por Illinois), Prentice Cooper (gobernador de Tennessee), Joseph Broughton (gobernador de Carolina del Norte), Joseph O'Mahoney (senador por Wyoming) y Paul McNutt (gobernador de Indiana). Todo esto evidencia que la deriva conservadora de la sociedad estadounidense tuvo diferentes ritmos y grados de intensidad, pero que acabó por generalizarse en todas las regiones del país y en todos los ámbitos institucionales.

Desde una perspectiva metodológica, el marco teórico de la investigación adopta un enfoque multidisciplinar, ya que se nutre de trabajos de investigación de diferentes disciplinas relacionadas con la evolución del sistema educativo durante las décadas de 1940 y 1950: historia social, historia del

pensamiento político, teoría e historia de la educación, entre otras. De manera general, los criterios cualitativos y comparativos están presentes en todos los apartados de la publicación; los elementos referenciales están determinados por los cambios del discurso político-periodístico y de la articulación de proyectos legislativos sobre educación. Por su parte, la síntesis historiográfica intenta establecer un orden argumentativo sobre un periodo de gran transformación ideológica, caracterizado por un incremento de los temores colectivos e inestabilidad de la opinión pública en los Estados Unidos. Ese escenario de transformación dificulta en gran medida el planteamiento de hipótesis y la categorización ideológica de los grupos activistas, pues muchos teóricos experimentaron una abrupta evolución discursiva a lo largo de su trayectoria profesional (hay que tener en cuenta que muchos de ellos partían de una posición de indiferencia ante la teoría educativa dominante). Paralelamente, se dio la circunstancia de que entre los grupos conservadores no había teóricos capaces de influir directamente sobre la gestión sistémica, dicho de otra forma, el discurso conservador sobre la educación se construyó fuera de los márgenes del mundo académico y con unas motivaciones claramente contrarias a la lógica intelectual que se había consolidado durante el primer tercio del siglo XX.

La negación de las reformas educativas de la administración Roosevelt

En los meses posteriores a la Segunda Guerra Mundial se conformó la gran generación institucional de posguerra liderada por el presidente Truman, en un contexto en el que todo apuntaba hacia la configuración de un mundo bipolar, en el que se fueron tensionando las posiciones entre los antiguos miembros de la Gran Alianza contra las fuerzas del Eje (Herring, 2008). La Unión Soviética dejó de ser percibida como una potencial aliado y pasó a ser considerada una amenaza militar en el exterior y un peligro ideológico en el interior; los acontecimientos desembocaron en el segundo “pánico rojo” (que según algunos autores se extendió desde 1946 hasta 1957) y la “caza de brujas” (1947-1952). Aquella coyuntura ideológica fue enorme relevancia para el devenir del sistema educativo estadounidense. Evidentemente, el periodo de la Guerra Fría no puede ser explicado sin conocer en profundidad la crisis de conciencia y la reordenación de la opinión pública durante los años de la Gran Depresión. Durante este periodo tan icónico y convulso, se produjeron una serie de avances educativos fundamentales, que alimentaron tanto la retórica de la tradición cristiana como la maquinaria propagandística de la “América” conservadora.

Mientras tanto, en muchos medios de comunicación de corte conservador se afirmaba que el presidente Roosevelt había dejado la gestión federal de la educación en manos de radicales izquierdistas, que podían hacer germinar ideologías “antiamericanas” y convertir a la nación en una especie de “Babilonia” moderna, en todos los sentidos. Poco a poco, se fue formando una densa nebulosa de criminalización en torno al reformismo educativo acometido durante los diferentes mandatos del presidente Roosevelt (Terkel, 1970; Badger, 1989; Cutler, 2000; Flynn, 2008; Briones, 2012; Espasa, 2020). De manera progresiva, las acusaciones de adoctrinamiento de las nuevas generaciones de estadounidenses se convirtieron en una preocupación social generalizada, a pesar de que la mayoría de los avances conseguidos por la legislación progresista – durante la década de 1930 y gran parte de la

década de 1940 – consistieron en mejoras concretas en los recursos materiales, profesionales y pedagógicos: número de docentes, especialización curricular, diversidad cultural, partidas presupuestarias, atención a las necesidades específicas del alumnado, dotación de los recursos materiales en los centros educativos y los emolumentos de todo el personal de los centros educativos. El inconsistente discurso conservador acabó imponiéndose con mucha claridad en materia educativa durante toda la década de 1950, a pesar de contar con escasos dentro del sistema, porque el incremento salarial y la mejora de las condiciones laborales alinearon claramente a los profesionales de la educación con las tesis progresistas.

Entre los principales cambios, podemos hablar de varios elementos continuistas y otros claramente rupturistas. Destacan la intención de reconstrucción social, con una visión más amplia de los individuos y los objetivos sociales; una nueva psicología pedagógica más compleja en lo que se refiere al aprendizaje, organizado a través del currículum y la metodología; nuevas áreas relacionadas con la educación como la orientación vocacional, los test científicos y la educación especial para los discapacitados y los superdotados; la reorganización de las instituciones que comprenden la educación secundaria, así como un desarrollo total de la Educación Superior; un nuevo interés por la salud física y mental, el bienestar del alumnado y la mejora material e inmobiliaria de los centros educativos; la diversificación, la especialización y el perfeccionamiento de la formación de los docentes (Good, 1966; Adler, 1988). Frente a este escenario, los republicanos tuvieron que adecuar y matizar su discurso cuando alcanzaron el ejecutivo en 1952.

A todo eso, hay que sumar el profundo cambio cultural que se estaba produciendo de la mano de los nuevos medios de comunicación de masas. La emergencia de las nuevas tecnologías de la comunicación provocó una transformación significativa de los contenidos informativos a través de la radio y la televisión: aspectos que ayudan a comprender la revolución conservadora liderada por el presidente Eisenhower (Mason, 2012). Estos medios también contribuyeron al diseño de un nuevo marco informativo, que acabó dando forma a las agendas legislativas y la opinión pública. Los debates sobre educación, anteriormente alejados del interés de la ciudadanía, comenzaron a filtrarse en todos los espacios de la opinión pública.

Las inercias de la mentalidad conservadora en el sistema educativo

Irving Babbitt¹ y Paul Elmer More², dos de los más importantes intelectuales de pensamiento conservador del primer tercio del siglo XX, fueron denominados como New Humanists³. Estos “nuevos

¹ Académico y crítico literario, fue un referente incuestionable del pensamiento conservador estadounidense durante los años 1910 y 1930. Se convirtió en un firme defensor del humanismo cristiano clásico y de la educación puritana tradicional. Babbitt se doctoró en la Harvard University y fue profesor en la University of Montana y Williams College. Entre sus obras destacaron “Literature and the American College” y “Democracy and Leadership”.

² Después de estudiar en la University of Washington y en la Harvard University, se convirtió en colaborador habitual de Babbitt y fue el gran divulgador de los principales temas conservadores, como periodista y crítico literario, en “The Independent”, “The New York Evening Post” y “The Nation”. Entre sus obras destacan “The Christ of the New Testament” y “Christ the Word”.

³ El término se asocia a varias corrientes de pensamiento y movimientos literarios, tanto en los Estados Unidos como en otros países europeos. Cronológicamente, su utilización en el contexto estadounidense se remonta a las últimas

humanistas” dedicaron mucha más energía en articular un relato antiprogresista en torno a la educación que en publicar tesis de investigación. Teniendo en cuenta esto, ambos marcaron el camino a posteriores generaciones de conservadores, pero no crearon una corriente teórica conservadora remozada. Babbitt, un profesor de Harvard de múltiples libros de crítica literaria, y More, editor de la revista “The Nation” (1909-1914), fueron conservadores de marcado elitismo, convencidos de que el orden aristocrático era inherente a la naturaleza humana. Por este motivo, estos dos personajes –y los “nuevos humanistas” en general– defendieron un modelo elitista de la educación, orientado a fomentar la genialidad y el virtuosismo del individuo, mediante la segregación basada en la pretendida superioridad social (Hartman, 2008). Grosso modo, ambos renegaron del término “intelectual” y proyectaron una idea clasista en todos los ciclos del sistema educativo.

En consecuencia, Babbitt y More establecieron una clara alternativa conservadora a la pedagogía de los centros educativos infantiles y primarios, basada en el continuismo educativo originario que defendía la inherente maldad de la infancia y la necesaria disciplina en la enseñanza. Con este precepto tradicionalista de la educación, en las décadas centrales del siglo XX, los defensores de un modelo inspirado en las escuelas coloniales defendían prácticas que justificaban el castigo físico como un recurso pedagógico más. Es decir, aunque ningún creador de opinión conservador defendió el castigo físico en público en las décadas de 1940 y 1950, indirectamente, dichos colectivos conservadores sí se mostraron partidarios de preceptos disciplinarios de carácter violento, desarrollados durante la época colonial y buena parte del siglo XIX (Cremin, 1970, 1980). En suma, este tipo de ensalzamiento de la educación tradicional alimentó una espiral de mitificación y distorsión de la realidad histórica estadounidense.

En los años veinte, el conservadurismo y sus tesis continuistas se hicieron tangibles en todas las esferas socioculturales del país. Estas líneas ideológicas fueron defendidas y expresadas por Calvin Coolidge incluso antes de alcanzar la Casa Blanca, como lo recogió W. B. Norton en el artículo “Education and Religion Bases of Democracy”:

Una súplica para el apoyo de las instituciones de enseñanza y de la religión, como factores fundamentales en la preservación de los Estados Unidos y el éxito, se realizó esta tarde por el Vicepresidente Calvin Coolidge S. antes de la Asamblea General Presbiteriana. [...] “Nuestras instituciones superiores de enseñanza”, dijo, “no son el vértice de nuestro sistema de educación, sino que son su base”. “Todas las personas admiran su influencia, es una inspiración. Deben estar bajo la orientación el de los hombres de piedad y de una mente abierta. Ellos deben continuar su servicio indispensable a la causa de la libertad de traer al pueblo hasta el conocimiento de la verdad”. [...] “Debe haber una confianza cada vez mayor en la religión. Es la fuente de toda fe. Es la evidencia del propósito eterno, y del verdadero poder, la verdadera nobleza de la humanidad. Da una sanción divina para la autoridad de un gobierno justo, servicio para los fieles a través de las relaciones económicas y pacíficos pactos del entendimiento internacional” (Chicago Daily Tribune, 22 mayo 1922).

décadas del siglo XVIII y a diferentes grupos de pensadores de la fase fundacional del país. En el mundo anglosajón, el “nuevo humanismo” se asocia a los criterios filosóficos del racionalismo durante el último tercio del siglo XIX.

Dicho conservadurismo no entendía ni podía concebir la educación fuera de una dimensión religiosa, ya que las bases de la democracia, los derechos civiles eran consecuencia directa de la religión y debían seguir siéndolo.

La educación es para el propósito de enseñar a los hombres, de dar a conocer su verdadera condición, para entender qué es la libertad y qué precio tiene, para ser comprada, y para comprender el significado de la civilización. [...] Con esto llegó la oportunidad por una educación general, para un servicio más amplio por la institución de educación superior, lo que marcó el comienzo de la era de la ciencia, lo que resulta en la gran prosperidad material (Chicago Daily Tribune, 22 mayo 1922).

Durante la década de 1910 y la de 1920, la batalla entre ciencia y religión parecía volverse más violenta que nunca, el fundamentalismo cristiano estadounidense llevó el lado más negativo y corrosivo de la religión al sistema de educación pública. Hugh S. Magill recogió en una columna – de carácter informativo y con algunos elementos de opinión – la progresión de los temas religiosos dentro del currículo educativo y la necesidad nacional de tener una estructura de educación alineada con la cultura popular y las creencias de la mayoría social. El título “Religious Education” es simple y directo, como su contenido:

La enseñanza religiosa está recibiendo cada vez más atención, no sólo por parte de las Iglesias, sino en los colegios y universidades, así como por las principales autoridades en el campo de la educación general. [...] Casi todos los seminarios teológicos ofrecen ahora cursos de educación religiosa para la formación de ministros. Se estima conservadoramente que más de un millar de iglesias locales en todo Estados Unidos ahora tienen directores de tiempo completo de la educación religiosa. [...] La religión es un elemento esencial de la vida, que es una experiencia vital humana, una influencia dinámica en la motivación de la conducta y el carácter determinante de que no puede ser pasado por alto en los procesos de la educación (Chicago Daily Tribune, 08 jul. 1928).

Para Magill esta es la clasificación de las prioridades en materia de educación:

En el informe recientemente publicado de la comisión de plan de estudios para la enseñanza media de la Asociación Nacional de Educación, integrada por muchos de los principales educadores de los Estados Unidos, se encuentran algunos estamentos muy significativos con respecto a los objetivos de la educación. [...] Los objetivos generales de toda la educación se valoran por la comisión de la siguiente manera: 1. Promover el desarrollo de una comprensión y evaluación adecuadas y de sí mismo. 2. Para promover el desarrollo de un entendimiento y una apreciación del mundo de la naturaleza. 3. Promover el desarrollo de una comprensión y un aprecio de la sociedad organizada. 4. Promover el desarrollo de la apreciación de la fuerza de la ley del amor universal que está operando (Chicago Daily Tribune, 08 jul. 1928).

Los grandes proyectos legislativos del conservadurismo

Queda bastante claro que los legisladores conservadores dieron prioridad al expurgo de los libros de texto y a la criminalización del profesorado, por encima de la elaboración de leyes sólidas que cimentaran su estructura regresiva. No obstante, tanto los presidentes Truman como Eisenhower iniciaron algunos procesos de reforma legal para cercenar el avance de las teorías progresistas (Alexander, 1980; Arons, 1983; Apple, 2002). Tras comprobar la eficacia de gestión que aportó la *Reorganization Act* de 1939, la administración Truman consideró que debería replicar aquel proyecto inicial con la aprobación

de la *Reorganization Act* de 1949. El poder ejecutivo se vio entonces reforzado, absorbiendo las sinergias del conservadurismo de aquellas fechas, y varios órganos federales adquirieron más competencias en detrimento del poder de los estados. En julio de 1946, el ejecutivo demócrata introdujo algunas modificaciones normativas en la Federal Security Agency (FSA) para centralizar la coordinación competencial.

La Vocational Education Act (1946) fue aprobada con la intención de fomentar los procesos formativos especializados, compuestos por un ciclo didáctico y otro ciclo de prácticas instructivas. Esta iniciativa legislativa, también fue conocida como el proyecto George-Barden⁴ (creado con fondos federales específicos, gestionados por los órganos estatales), dejaba de lado los principales modelos progresistas que defendían los programas de estudio generalistas, basados en la diversidad temática y disciplinar. Dialécticamente, este nuevo escenario legislativo pretendía dar por superado el New Deal y fue calificado por algunos historiadores sociales como liberalismo de posguerra (Hamby, 1973).

Después de las elecciones presidenciales de 1952, los republicanos pretendían escenificar una ruptura total con las políticas educativas de la administración Roosevelt. Uno de sus principales objetivos fue la eliminación de la Federal Security Agency (FSA). El 11 de abril de 1953, esta agencia federal fue abolida, y sus competencias fueron absorbidas por el Department of Health, Education and Welfare (DHEW), dentro del cual se estableció la Oficina de Educación. Eisenhower designó a Oveta Culp Hobby⁵ (Treadwell, 1954) como la autoridad encargada de llevar a cabo la transición orgánica: abolición de la FSA y fundación del DHEW. A pesar del discurso rupturista del Partido Republicano, se mantuvieron varias líneas de continuidad en aquel momento.

Durante la participación estadounidense en el conflicto mundial, el ejecutivo demócrata consideró necesaria la creación de un sistema de becas para veteranos. Este sistema de subvención – matrículas estudiantiles, programas estudios e instituciones educativas – fue tan popular entre la ciudadanía, que los siguientes presidentes (Truman y Eisenhower) decidieron adaptar este modelo de becas para los veteranos de la Guerra de Corea⁶ y para que otros cuerpos de funcionarios civiles y militares pudieran también matricularse en estudios superiores por los mismos cauces administrativos. Los beneficios podían incrementarse en función del estado civil de los beneficiarios (estableciendo criterios de apoyo y conciliación familiar en función del número de hijos).

El gran desarrollo sufrido por la educación secundaria durante el primer tercio del siglo XX precedió a la gran expansión de los centros de Educación Superior después de la Segunda Guerra Mundial, esto se debió en cierta manera al mencionado sistema de becas para veteranos. Con este marco de

⁴ La ley debe su sobrenombre a la labor conjunta de Walter George (senador por Georgia) y Graham Barden (representante de Carolina del Norte). En este texto jurídico se introdujo una especie de “discriminación positiva” para los ciudadanos que residían en espacios rurales con una baja densidad poblacional.

⁵ Una mujer que se convirtió en un icono femenino del ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial y en uno de los cargos de confianza del presidente Eisenhower. Desde el 20 de enero de 1953 hasta su disolución, dirigió la Federal Security Agency y participó en el diseño del nuevo departamento que coordinaría las acciones educativas. Este modelo departamental retomaba la idiosincrasia de gestión educativa del republicanismo conservador clásico, concretamente, se inspiró en la propuesta de creación del Department of Education and Welfare del presidente Warren Harding (1923).

⁶ La ley se aprobó, originalmente, en 1944, con el título de G.I. Act (Ley de Readaptación de Soldados).

financiación federal, miles de estadounidenses, independientemente de cuál fuera su nivel de renta, consiguieron un título de formación superior. Las facultades de ciencias humanas y sociales se reestructuraron y fueron complementadas con departamentos más técnicos e interdisciplinarios.

Por otra parte, cientos de nuevas tareas especializadas surgieron como consecuencia directa de los cambios resultantes del desarrollo de la investigación científica en las universidades. Los soldados veteranos que regresaban de la Segunda Guerra Mundial solicitaron y lograron cursos prácticos en las facultades y en las universidades que antes sólo ofrecían instrucción técnica. Según expresa Pulliam y Dorros (1970, p. 149):

la ayuda gubernamental para la educación de los veteranos mediante la Ley GI estimuló el interés federal hacia la enseñanza superior. Grandes cantidades de estudiantes concurrían ahora a los colleges y a las escuelas que otorgaban títulos gracias a las concesiones dispensadas por la Ley de Educación para la Defensa Nacional de 1958 y a otras becas. Los quinientos mil estudiantes matriculados en los colleges en 1918 parecen una simple gota de agua en comparación con la cifra actual que excede los cinco millones. No es errado afirmar que las inscripciones en el college seguirán la misma tendencia ascendente que las de la highschool cincuenta años atrás. Las escuelas que otorgan títulos se desarrollan en la actualidad con más rapidez que los colleges en el siglo XIX.

De tal manera, puede afirmarse que hay una casuística legal muy amplia sobre iniciativas federales en materia de estimulación de los estudios de especialización técnica incluso antes de la administración Eisenhower, dentro y fuera del ámbito militar. No obstante, estos esfuerzos de la gestión y la legislación federal se vieron fuertemente incrementados durante la década de 1950. Inicialmente, la priorización de los estudios científico-técnicos y de las distintas ramas de las ingenierías se llevó a cabo con los estándares legales establecidos. Sin embargo, en 1958 se aprobó una ley federal muy ambiciosa: la National Defense Education Act (NDEA), cuyo objetivo era fortalecer el sistema educativo y garantizar la superioridad de los Estados Unidos frente al bloque comunista. Los logros de la ley federal fueron reconocidos por la “América” conservadora y alcanzaron a toda la estratigrafía del sistema educativo, ya que fomentaba la investigación científica y la formación del profesorado (buscaba la participación en centros de enseñanza secundaria de los titulados universitarios); dotaba de más recursos bibliográficos y materiales de laboratorio en los centros de educación secundaria y superior (públicos y privados) de todo el país.

La carrera armamentística – y la carrera aeroespacial, como un subproducto de dicha competencia militar – absorbió muchos recursos y una gran parte de las capacidades de gestión de la administración Eisenhower, por este motivo se tomó la decisión final de crear una ambiciosa ley federal de estimulación para la formación y la investigación científica, que tenía que luchar contra la supuesta superioridad tecnológica de la Unión Soviética. La National Defense Education Act estableció un marco de trabajo para la aprobación de futuras leyes para consolidar los programas de defensa y luchar contra las desigualdades sociales durante la era Kennedy-Johnson (Winer; Crimm, 2015). Este ambicioso proyecto legislativo se convirtió en símbolo de una mentalidad occidental renovada, en símbolo de lo que la historiografía anglosajona ha denominado el brainpower de los Estados Unidos.

Resulta bastante evidente que, durante la década de 1950, se intensificó la presencia de contenidos científico-técnicos en los temarios y de elementos religiosos en todos los espacios socioeducativos. No existe una división marcada entre los ejercicios patrióticos y los religiosos; de hecho, la Promesa de Lealtad contiene la expresión “por Dios” desde 1954. Además, se asignaron capellanes a las unidades militares y las monedas y los sellos fueron dotados de leyendas religiosas. No obstante, el principal problema educacional surgió en torno a los programas de la Navidad, la ritualidad asociada a festividades religiosas y la lectura de las Sagradas Escrituras como parte de los planes de estudio de los centros de educación financiados con dinero público: “los liberales religiosos y los no creyentes atacaron el hecho de que el día escolar se iniciara con una plegaria, mientras que los Testigos de Jehová declaraban que el saludo a la bandera constituye en un acto de culto idolátrico” (Pulliam; Dorros, 1970, p. 184).

En el mismo epígrafe, con relación al desarrollo de la jurisprudencia (Pulliam; Dorros, 1970, p. 185):

Los distintos casos han indicado que las oraciones, la lectura de la Biblia y el tiempo dedicado a la instrucción religiosa dentro de los límites de la escuela pública se consideraron violaciones de la Primera Enmienda. La enseñanza sobre la religión, como el estudio de la literatura, no representa en cambio una violación.

En 1947, aproximadamente dos millones de alumnos de las escuelas públicas fueron eximidos de concurrir a sus clases durante una parte de la semana, para asistir a las de religión. En el caso *McCollum versus la Junta de Educación de Champaign, Illinois* (1948), la Corte Suprema dictaminó que dicha exención era ilegal (Pulliam; Dorros, 1970). Un juicio posterior en Nueva York terminó con una declaración según la cual el tiempo dedicado a la religión no viola la separación de la Iglesia y el Estado, si las clases se dan fuera de las escuelas.

Los distintos casos han indicado que las oraciones, la lectura de la Biblia y el tiempo dedicado a la instrucción religiosa dentro de los límites de la escuela pública se consideraron violaciones de la Primera Enmienda (Cohen, 1982; Glenn, 1987; Graham, 2005). Desde la lógica conservadora de aquellos años, la enseñanza relacionada con la temática religiosa y la cultura cristiana, vinculada a las asignaturas de literatura o historia, no representaba una violación del muro de separación Iglesia-Estado. Los pleitos, a veces, tuvieron como consecuencia el cambio de las prácticas habituales en muchas escuelas, como el caso de la “Oración de los Regentes” de Nueva York (1962). Todo esto explica, en cambio, la agria oposición que sufrió la apuesta laica de las legislaciones educativas de los mandatos presidenciales de Kennedy y Johnson (Davies, 2007; Woods, 2004).

La influencia de la tradición cristiana en las agendas legislativas conservadoras

En la primera mitad del siglo XX, la composición institucional del cristianismo en los Estados Unidos se dividió en dos grandes bloques doctrinales e ideológicos: el liberalismo cristiano (protestantes históricos, católicos y ortodoxos) y el conservadurismo cristiano (protestantes reformados y algunos

grupos pentecostales). La principal diferencia entre ambos bloques surgía a la hora de interpretar las Sagradas Escrituras; los teólogos liberales consideraban que la exégesis debía ser de carácter figurativo y reflexivo, mientras que los teólogos conservadores sostenían que el criterio exegético debía ser siempre literal y normativo. En ese periodo, la forma de dirigir los centros de estudios bíblicos estuvo fuertemente polarizada, esa coyuntura teológica degeneró en una profunda fragmentación ideológica y cultural entre el protestantismo. El debate educativo siempre fue una de las prioridades entre las organizaciones eclesiásticas. Ya en la era de la comunicación electrónica, se planteó como uno de los anclajes fundamentales para garantizar la supervivencia cultural del cristianismo. El debate educativo recibió considerable atención en las tertulias radiofónicas especialmente en la década de 1930, con un claro predominio de los portavoces eclesiásticos liberales. Esto se debió a que, ante la falta de cooperación supraeclesiástica, los argumentos conservadores en materia socioeducativa fueron prácticamente excluidos de la programación. Posteriormente, desde finales de la década de 1940, las nuevas fórmulas comunicativas del cristianismo conservador facilitaron la divulgación de las interpretaciones teóricas sobre el diseño curricular, la redacción de los libros de texto, la formación de los profesionales educativos y la gestión de los centros educativos, desde la escuela primaria hasta la universidad.

Muchas ideas contrarias al progresismo no tuvieron repercusión o, directamente, fueron marginales en la década de 1930. Tras una serie de adecuaciones discursivas y como resultado de un profundo cambio en las mentalidades de los países occidentales – derivado de la rápida descomposición de la estabilidad internacional a comienzos de la Guerra Fría – ese ideario conservador fue “reciclado” y adaptado, hasta alcanzar un gran impacto social en la década de 1950. En tales circunstancias, la defensa de la cultura y los valores del cristianismo (Glenn, 1987; Doerr, 1998; Blumenfeld, 2006) se convirtieron en la punta de lanza de las nuevas sinergias discursivas conservadoras en el campo de la gestión educativa. De manera transversal, en todos los sectores activistas de la “América” conservadora se repetía la cantinela de los orígenes cristianos de la revolución y la fundación del país. Desde esta lógica de esta interpretación histórica, se afirmaba que Estados Unidos había alcanzado el liderazgo mundial gracias a la intervención providencial, motivada por la religiosidad del pueblo y los representantes políticos (Dobson; Hindson, 1981).

En la prensa de la época, la religión se erigió como uno de los pilares de la democracia estadounidense y un símbolo de la identidad nacional, dependiendo de la interpretación de la ciudadanía el grado de intensidad de estos mensajes variaba:

Si la religión es tan importante, ¿por qué no se enseña de manera más general? Por supuesto, las primeras escuelas públicas en los Estados Unidos eran religiosas en su propósito y en la enseñanza. Pero la gente que pertenecía a diferentes sectas e Iglesias, tuvo puntos de vista diferentes sobre algunas cuestiones religiosas, incluso grupos confesionales que adoraban al mismo Dios. [...] La doctrina de la separación de Iglesia y Estado fue interpretada y aplicada, así como la práctica de secularizar la educación pública. En años más recientes, el plan de estudio de las escuelas públicas se ha expandido, de tal manera, que casi todos los elementos de la experiencia humana y el conocimiento han sido incluidos, con la excepción de los conceptos religiosos sumamente importantes y experiencias que emanan de la conciencia de Dios. [...] Si bien se reconoce que las escuelas públicas no pueden enseñar religión oficial, y hay un creciente

reconocimiento de la importancia suprema de la educación religiosa, no sólo para la cobertura social del individuo, sino en el interés de la sociedad. Difícilmente se cuestionó que la seguridad del Estado depende de la integridad y la moralidad de sus ciudadanos, y que la convicción religiosa es uno de los más firmes apoyos de la moral nacional (Chicago Daily Tribune, 08 jul. 1928).

Aunque la relación entre fundamentalismo y conservadurismo no parecía guardar nexos definidos, durante las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, la religión acabó siendo instrumentalizada desde los sectores más conservadores de la clase política (Thayer, 1979; Provenzo, 1990; McGuire, 2009; Burke; Segall, 2017). Del mismo modo, los líderes religiosos dieron legitimidad y apoyo electoral a las candidaturas más conservadoras y generosas con las instituciones eclesásticas. En varios supuestos confesionales se superaron las diferencias doctrinales y exegéticas sobre la literalidad y la significancia alegórica de las Sagradas Escrituras. En el artículo de opinión “Church, State, and Strife”, se recogió el estado general de las difíciles interacciones y convivencias entre el Estado y las Iglesias:

Algunos de los más sangrientos y trágicos episodios en la historia, de todas las razas y todas las naciones, han tenido su origen en las diferencias religiosas. [...] Cuando el fundamentalismo en los Estados Unidos se desató en las leyes contra la enseñanza de la evolución en las escuelas estatales financiadas públicamente, los principios científicos fueron divulgados y enseñados con mucha dificultad. [...] En los Estados Unidos, aunque la Iglesia y el Estado están oficialmente separados, se tocan a través de la línea del gobierno y en las comunidades religiosas que han vivido lejos de las evoluciones sociales [...] En los Estados Unidos, es una predicción segura que el Estado y la Iglesia volverán a estar separados [...] es de esperar que va a marcar el fin de una dictadura que no ha servido de nada (Chicago Daily Tribune, 11 mar. 1928).

Muchos autores conservadores consideraban que el éxito de la restauración de un modelo educativo contrario a las teorías progresistas se conseguiría mediante la generación de un marco de consenso básico, para que las diferentes confesiones cristianas empujaran en la misma dirección (Lynn, 1964; Moran, 1989). Mientras tanto, el conservadurismo trató de adaptar algunas medidas eficaces de las legislaciones aprobadas por los demócratas, mediante la apropiación de términos. Bajo esta perspectiva, una de las más reconocidas publicaciones fue “Higher Learning in America”, publicada en 1936. Por su parte, More y Babbitt a pesar de mostrar una vehemente beligerancia contra las ideas progresistas en la educación, también mostraron una profunda crítica a los efectos culturales del capitalismo, porque los efectos de la crisis financiera de 1929 fueron devastadores para amplios sectores de la sociedad (Mason, 2012; Espasa, 2020). En ese momento tan particular, ellos consideraban que la naturaleza humana era competitiva, pero esa competencia no debía llegar a los extremos de la destrucción para consumir el éxito personal. La profunda crisis económica hizo meditar sobre los efectos negativos del capitalismo – como el inversionismo especulativo e individualismo social – a todo el espectro ideológico de la sociedad. A pesar de eso, los grupos conservadores siempre fueron férreos opositores del igualitarismo social, que promovía un modelo educativo equitativo, universal y, mayoritariamente, subvencionado.

Podría decirse que el conservador más influyente dentro del liberalismo, en los años treinta, fue Albert Jay Nock, quien, como columnista de la revista “American Mercury”⁷, fue uno de los más firmes opositores de las reformas socioeconómicas promovidas por la administración Roosevelt. Aunque Nock desarrolló una aversión por las amplias intervenciones gubernamentales antes del colapso financiero, sus primeros argumentos en contra del Estado tuvieron más en común con el anarquismo libertario que con el liberalismo conservador (Hartman, 2008). La primera conceptualización del Estado por parte de Nock fue que el gobierno no podía utilizar su fuerza política para acabar con las desigualdades, porque lo único que podría conseguir sería acabar con la competitividad socioeconómica en todo el país. Fue un intelectual cercano a la interpretación de la realidad del presidente Herbert Hoover (por sus teorías sobre las inercias productivas y de regeneración natural de la economía) y justificador de un sistema de creencias exitoso durante los “felices” años veinte (Hoover, 1928).

Currículum y propaganda anticomunista

El paradigma de pensamiento progresista, basado en la teoría democrática y en la teoría educativa del reconstruccionismo – en general, una versión reducida del pragmatismo de John Dewey –, fue perseguido por el activismo conservador de todas las formas posibles, ya que era considerado el semillero idóneo para la germinación del izquierdismo entre los jóvenes (Bestor, 1953; Cañeque, 1988; Gaffney, 2007). De acuerdo con la mayoría de los intelectuales estadounidenses de aquellos días, pensadores, tales como Arthur Schlesinger Jr.⁸ o Daniel Bell⁹, consideraban a la democracia como un proceso de

⁷ Era una revista de crítica literaria y entretenimiento, con una dimensión cultural y de actualidad política, que vio la luz en 1924 y tuvo una larga vida hasta 1981. La mayoría del personal de la revista se nutrió de la decadente “The Smart Set” (1900-1930) y del diario “The Baltimore Sun”. El año de su creación y durante los años veinte la publicación tuvo una fase de expansión, pero sus editores no podían imaginarse que “American Mercury” se convertiría en un símbolo conservador de la oposición política al New Deal. El éxito de la revista creó una marca informativa consolidada, hasta el punto de que, con la llegada de la Guerra Fría y los furores anticomunistas, “American Mercury” se convirtió en un programa de radio llamado “Meet the Press” en 1945, gracias a Lawrence Spivak, y en un programa histórico de televisión dominical homónimo en la NBC en 1947. En los años cincuenta la revista llegó a tener entre sus colaboradores al joven telepredicador Billy Graham, manteniendo una buena sintonía con las nuevas generaciones conservadoras. Después de los años sesenta, por problemas financieros y por pérdida de lectores, la publicación entró en un lento proceso de desaparición. En el año 2010, un grupo de periodistas nostálgicos resucitaron esta publicación en una edición digital, con muy escasa repercusión.

⁸ Fue un historiador, teórico político y crítico social muy reconocido por sus sucesivas colaboraciones institucionales en Capitol Hill. Se convirtió en asistente político y asesor histórico del presidente Kennedy; esta posición privilegiada le llevó a colaborar puntualmente con muchos medios de comunicación y a ganar premios como National Book Award y Pulitzer en dos ocasiones. De toda su producción bibliográfica destacan títulos como: “What About Communism?” (1950), “The Crisis of the Old Order: 1919-1933” (1957), “The Coming of the New Deal: 1933-1935” (1958), “The Politics of Upheaval: 1935-1936” (1960), “The Politics of Hope” (1963), “The MacArthur Controversy and American Foreign Policy” (1965), “Violence: America in the Sixties” (1968), “The Crisis of Confidence: Ideas, Power, and Violence in America” (1969), “The Origins of the Cold War” (1970). Desde varias líneas de investigación, pero con un tamiz mucho más conservador y elitista, Schlesinger continuó algunos temas sobre historia social abordados por su padre a lo largo de su carrera profesional en la Ohio State University y Harvard University. Realizó escritos académicos hasta el momento de su fallecimiento, y se convirtió en el gran crítico del multiculturalismo después del final de la Guerra Fría.

⁹ Realizó la licenciatura de Sociología y se doctoró en Filosofía (Columbia University). En esa misma institución, impartió varias asignaturas vinculadas al Departamento de Sociología, antes de convertirse en profesor titular en Harvard University. Fue autor de obras de referencia: “Work and Its Discontents: The Cult of Efficiency in America” (1956), “The End of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties” (1960), “The Reforming of General Education” (1966); también coordinó la edición de varios libros de gran repercusión: “The New American Right”

experimentación empírica, que sólo podía mejorar con el tiempo a través de una interpretación positiva de los acontecimientos (Apple, 1996). Se acabaría demostrando que el paso del tiempo –a corto, largo o medio plazo– no garantiza una evolución natural-lineal de las cosas.

El avance del progresismo intelectual despertó una inopinada ola de conservadurismo, que sacudió a todo el país. En 1947, la Oficina de Educación (Hartman, 2008) distribuyó un informe que afirmaba que el fundamento teórico del progresismo se estaba imponiendo como tendencia principal dentro del complejo mundo de la educación. Dicho informe trataba de demostrar que el progresismo se estaba adaptando mucho mejor a la realidad social estadounidense y que estaba desplazando a las visiones educacionales más tradicionales. A pesar de todo, el reconstruccionismo fue clave en la implementación de programas experimentales en muchos estados, también para desatar una profunda y vehemente reacción conservadora. Esta reacción, para reconducir los cauces de la educación, tuvo consecuencias pedagógicas y transformaciones curriculares; los valores morales mayoritarios, los símbolos nacionales conservadores y el patriotismo político-religioso pasaron a formar parte de la cotidianeidad dentro del sistema educativo público.

Ciertamente, los principios del progresismo fueron anulados y desplazados durante el transcurso de la década de 1950. Todos los logros, consumados en los años treinta y los primeros cuarenta, se diluyeron con la presión de los think-tanks y la legislación de los republicanos (Cremin, 1961). Después de 1945, la proliferación de grupos de presión política en Capitol Hill fue sorprendente. Este tipo de grupos condicionaron claramente la aprobación o el rechazo de la legislación educativa, y fueron el germen del panorama de pintorescos grupos de presión existentes en Washington durante la segunda mitad del siglo XX. Entre estos grupos, destacaban los denominados “Church Lobbies”, cuya acción fue especialmente significativa: “Los métodos usados por todos los lobbies varían de plataformas editoriales, influyen en las nominaciones y elecciones, y en la vigilancia sobre la legislación, para hacer amigos con los congresistas y el personal de la Casa Blanca” (Newsweek, 05 feb. 1951).

En la misma línea se sitúa el artículo “Church Lobbying in the Nation’s Capital”:

El lugar de las Iglesias entre los grupos de interés está en influir en el establecimiento de la legislación del Gobierno federal [...] Difusas y esporádicas campañas de propaganda y presión son muy características de muchas de las actividades políticas de las Iglesias en el pasado, que aún continúan. [...] Pero las Iglesias se han movido más allá de la oposición del alcohol, la guerra o el pecado (The New York Post, 02 feb. 1951).

En un editorial de una publicación protestante quinquenal, con el título “Church Lobbying in Washington”, se recogió:

(1955), “The Radical Right: The New American Right Expanded and Updated” (1964), “Confrontation: The Student Rebellion and the Universities” (1968). Desde sus primeros años de investigación se convirtió en un líder de opinión del conservadurismo, por la trascendencia de su labor académica y por su permanente participación en medios de comunicación. También fue editor de varias publicaciones: “The New Leader”, “The Public Interest Magazine” y “Fortune”. Desde su militancia anticomunista y antiintelectual, formó parte de la Academia Estadounidense de las Artes y las Ciencias y la Sociedad Filosófica Estadounidense.

Las Iglesias están activamente trabajando en Washington. Los legisladores han aprendido mucho, desde que los representantes de las Iglesias deben ser tenidos en cuenta en el proceso de la legislación federal, que a veces suele ser largo y tortuoso. A pesar del hecho de que la mayoría de las Iglesias tratan de evitar el uso de la palabra, los representantes de los grupos de presión, como son definidos por la ley, están en Washington “para influir, directa o indirectamente, la aprobación y el rechazo” de la legislación por el Congreso. Poco se sabe acerca de cómo estos grupos de presión operaban en el pasado [...] Sin lugar a dudas, hay y seguirá habiendo lobbies protestantes en Washington. La mayoría de los grupos de presión probablemente seguirán representando denominaciones, y eso es probablemente deseable para asegurar la representación más completa posible de la opinión protestante. [...] la razón principal por la que los protestantes no establecieron presión permanente, antes de la Segunda Guerra Mundial, fue porque en gran medida los líderes protestantes creían que sus electores se opondrían a las causas especiales (The Christian Century, 04 abr. 1951).

El editorial, respecto a su visión sobre los grupos de presión, concluye:

Sin lugar a dudas el protestantismo se representó hábilmente en la capital del país. En la sociedad actual todos los intereses de las Iglesias no pueden ser promovidos por los cristianos simplemente dando apoyo leal a un partido político. [...] Es muy importante que los grupos de presión religiosos, protestantes tradicionales, se abstengan de hacer un uso excesivo del agobio, las amenazas y los abusos de los típicos grupos de presión. El protestantismo tiene que ser franco y honrado en todos sus métodos (The Christian Century, 04 abr. 1951).

Truman tuvo una serie de cortejos con algunas organizaciones bautistas-evangelistas y algunos grupos fundamentalistas (en las elecciones presidenciales de 1948 y las elecciones legislativas de 1950), pero esos acercamientos con Eisenhower fueron más efectivos en 1952. Así lo recogieron en sus páginas interiores en “The New York Times” (11 oct. 1950) en una fotonoticia: “Truman Meets Committee on Religion in Armed Forces”,

Las Iglesias de la nación estaban instadas hoy para comenzar una campaña para incrementar la influencia de la religión sobre los miembros de las fuerzas armadas. La apelación fue trazada por el Comité sobre Religión y Cobertura Social en las Fuerzas Armadas del presidente Truman. Fue presentado en la Casa Blanca.

Raymond Wilcove retrata la intensificación de las políticas religiosas en un breve llamado “Truman Weighs Vatican Status”:

El presidente Truman al parecer está considerando la posibilidad de restablecer las relaciones diplomáticas con el Vaticano. [...] Algunos grupos protestantes han estado instando al presidente Truman a no reanudar, de forma formal o de otra manera, las relaciones con el Vaticano (The New York Journal American, 14 feb. 1951).

Sistemáticamente, se combatió la idea (progresista y secularista) de que todos los alumnos son educables y que todo el mundo tiene el derecho a recibir una educación elemental plena (con temarios diversos); los pensadores conservadores equipararon el igualitarismo educativo estadounidense con la educación soviética. La visión política conservadora de la realidad estadounidense propendió a acabar

con los proyectos experimentales del profesorado¹⁰, pero el tradicional pensamiento conservador no podía luchar contra la sofisticación liberal progresista (Hamby, 1973). En un contexto de crisis epistemológica, Richard Weaver¹¹ y Russell Kirk¹², posiblemente, dos de los más importantes pensadores conservadores estadounidenses del siglo XX, mantuvieron a flote el marco de trabajo del “nuevo humanismo”. La pérdida de un rumbo y un objetivo claro hicieron que estos autores, en un contexto anticomunista, se plantearan como fin último la erradicación del keynesianismo y la creación de un concepto político-filosófico más amplio (Hartman, 2008).

Richard Weaver, un profesor de inglés de la Universidad de Chicago, escribió “Ideas Have Consequences” y afirmó que la contención del progresismo era necesaria para evitar males sociales y nacionales a largo plazo. Para él, la educación jugaba un papel fundamental en la consolidación y cimentación de los valores constitucionales; sin un correoso control de la educación, el país acabaría sumido en la “anarquía” o desangrado por la “lucha de clases”. Todas estas aseveraciones se desarrollaron en un campo de pesimismo ideológico para los conservadores – de sensación de decadencia – por la pérdida de las señas de identidad del país (Hutchins, 1953 apud Hartman, 2008). El control de la escuela pública era, para Weaver, la piedra angular de un Estado conservador. Para la reconstrucción de los valores “americanos”, las escuelas y educadores deberían instruir nuevas generaciones de estadounidenses que conectaran con la mentalidad y la fe de los primeros colonos. En esta visión, el progresismo liberal también era percibido como una degeneración de la esencia original de “América”.

Russell Kirk fue inmensamente importante para el movimiento conservador en los tiempos de la posguerra. Sus obras se convirtieron en elementos paradigmáticos del tradicionalismo y en veneros de lo que luego se conoció como el neoliberalismo de los años ochenta¹³. Fue director de la revista científica

¹⁰ Los grupos conservadores repetían argumentos muy similares en sus intervenciones en medios de comunicación para atacar a las teorías progresistas y para denunciar sus perniciosas consecuencias para las generaciones futuras de estadounidenses. Ese argumentario utilizaba analogías muy forzadas y descripciones muy exageradas para denunciar el adoctrinamiento de los libros de texto y la pérdida de tiempo que suponían muchos contenidos curriculares, formulando preguntas retóricas muy estridentes: ¿Para qué quiere un estudiante leer lenguas muertas, memorizar las obras de la cultura del Renacimiento o conocer la vida de los literatos ingleses del siglo XVIII?

¹¹ Fue un académico conservador muy laborioso, que desarrolló su carrera de investigación en la University of Kentucky, la Auburn University, la Louisiana State University, la Harvard University y la University of Virginia. Defendió su tesis doctoral en 1943: “The Confederate South, 1865-1910: A Study in the Survival of a Mind and a Culture”. Su producción bibliográfica es un ejemplo de síntesis teórica y convergencia disciplinar. Posiblemente, sus obras más influyentes fueron “Ideas Have Consequences” (1948), “The Ethics of Rhetoric” (1953), “Composition: A Course in Reading and Writing” (1957) y “Visions of Order: The Cultural Crisis of Our Time” (1964).

¹² Russell Kirk Asistió a la Saint Andrews University, la Duke University y la Michigan State University. Fue un intelectual polifacético, tremendamente ecléctico para clasificar sus fuentes de investigación e imaginativo para desarrollar sus planteamientos teóricos (siempre dentro de los márgenes ideológicos del conservadurismo). Es uno de los autores más citados de la segunda mitad del siglo XX, siendo influyente en campos tan diversos como la teoría política, la filosofía, los estudios literarios, la sociología, la historiografía y el periodismo. También fue autor de novelas de ciencia ficción en las que se reproducían sistemas de creencias, modelos productivos y órdenes sociales claramente conservadores. Su obra más emblemática fue “The Conservative Mind: From Burke to Santayana” (1953), estas páginas desprenden una verdadera aversión por la renovación legislativa y las nuevas tendencias socio-culturales.

¹³ El conservadurismo teórico inspirador de la administración Eisenhower absorbió elementos del pensamiento clásico estadounidense y elementos propios del neoliberalismo surgido en la década de 1930. Por esa razón no se puede afirmar que la agenda neoliberal fuese predominante entre los republicanos de la década de 1950. Hasta las

“Modern Age”. Su creación magistral, que le convirtió en un pensador de culto, fue “The Conservative Mind”. Desde su posición de autor y editor, se hizo eco de todas las teorías y pasiones de los “nuevos humanistas”, se convirtió en uno de los grandes divulgadores del conocimiento conservador. Sus ideas en contra de la libertad de expresión abierta, al igual que las de Weaver, fueron muy vehementes: criticó de forma directa el relativismo y el pragmatismo, y sus palabras destilaban odio a la personalidad intelectual de John Dewey. Después de que considerara erradicado el progresismo de la educación y la vida pública estadounidense, focalizó sus energías en borrar la obra del New Deal, ya que esto fue, según los autores conservadores, el germen del “comunismo” en los Estados Unidos (Hartman, 2008).

Tanto Weaver como Kirk no fueron grandes teóricos de la educación, ni dedicaron su vida a una ciencia educativa autónoma y propia, sino que conceptualizaron la teoría de la educación como una derivación natural del sistema teórico del conservadurismo político. Ambos consideraron a la educación como instrumento de los sectores políticos para la reconducción social, la restitución funcional de las instituciones y la reconstrucción ideológica de la nación. Pensaban que la teoría educativa progresista había cercenado las raíces culturales de la nación, una traición a lo que ellos interpretaron e idealizaron como el origen.

La instrumentalización de la educación se convirtió en una necesidad regeneracionista, y acabó siendo una herramienta para restaurar sistemas de creencias previos y mantener una tarea organizada de vigilancia social. Al mismo tiempo, se pretendió fomentar las ingenierías y las ciencias “puras” para garantizar la vanguardia tecnológica y la superioridad militar (Clowse, 1981), también el desarrollo de competencias lingüísticas para alimentar la maquinaria diplomática y ampliar las relaciones culturales y comerciales entre los países no alineados y el bloque occidental. El lenguaje de los conservadores, coetáneos a Weaver y Kirk, estaba cargado de un pesimismo desconcertante, puesto que tenían una visión de la realidad político-social muy negativa, casi fúnebre y tenebrista. Dicha visión político-educacional conecta culturalmente con la rancia tradición reaccionaria y clasista de la Europa decimonónica.

Conclusiones generales

Las fricciones surgidas en torno al sistema educativo estadounidense no pueden ser explicadas sin las grandes transformaciones ideológicas surgidas en el orden internacional después de la Segunda Guerra Mundial. El control de la educación era una cuestión que obsesionaba muy especialmente a todos los grupos conservadores y fue percibido como una necesidad para la supervivencia de los Estados Unidos como “república cristiana”. En aquel contexto de señalamiento social e intransigencia ideológica, los profesionales de la educación, en todos sus niveles, comenzaron a ser hostigados por implementar medidas teórico-pedagógicas experimentales y de vanguardia. En ese sentido, las grandes narrativas de oposición a todas las políticas implementadas por la administración Roosevelt se convirtieron,

graves consecuencias de la crisis energética y la situación de estanflación en la década de 1970, los partidarios del neoliberalismo no comenzaron a adquirir relevancia institucional.

progresivamente, en la cimentación ideológica de la revolución conservadora de la administración Eisenhower, también en el ámbito de la educación.

Las producciones de divulgación histórica sobre la Guerra Fría presentan una imagen bastante reduccionista de la realidad sociocultural de los Estados Unidos. A pesar de lo que se pueda pensar, hubo varias líneas de continuismo educativo durante la administración Eisenhower, debido a que muchos factores de la gestión demócrata inspiraron las políticas republicanas de la década de 1950: composición orgánica, diseño de proyectos de financiación (programas de estudios e instituciones educativas), optimización de la gestión presupuestaria, etcétera. Bajo las nuevas coordenadas ideológicas, el continuismo educativo se percibió en la replicación de modelos de éxito, a pesar de que muchos proyectos fueron presentados a la ciudadanía como novedosos y originales.

La ruptura en materia educativa se percibe en la gran reestructuración de órganos federales. La fusión de organismos y la revocación de legislaciones previas (1932-1952) compusieron las medidas más efectistas del Partido Republicano, que tenía que escenificar de la manera más estética posible la implementación de un nuevo modelo de gestión educativa. Concretamente, todo lo que tuvieran que ver con la simbología del reconstruccionismo social y las políticas de igualdad de oportunidades de la administración Roosevelt.

En el ámbito de la teoría de la educación no existieron grandes pensadores que establecieran una nueva metodología de enseñanza o gestión de planes de estudio, tampoco germinó un movimiento académico propiamente dicho. A finales de la década de 1940, arrastrados por los acontecimientos de ámbito internacional, se produjo un movimiento reaccionario que pretendía revertir un supuesto proceso de bolchevización de los Estados Unidos. Ese movimiento divulgaba aspectos de agendas legislativas, ensalzaba un ideario de gestión pública clásico y expresaba la necesidad de que las tareas educativas no estuvieran en manos de intelectuales y experimentadores “izquierdistas”.

Para comprender toda la complejidad de aquellos años de intransigencia ideológica es necesario analizar los mensajes periodísticos. La documentación hemerográfica alberga los factores determinantes de las transformaciones de la opinión pública y de la estrategia política conservadora. La mentalidad colectiva de los primeros años de la Guerra Fría estuvo alimentada por la labor propagandística de los grupos activistas – con vínculos directos con los dos grandes partidos – y por el alarmismo de los medios de comunicación. Mayoritariamente, los círculos activistas argumentaron a favor de las bondades de la metodología de enseñanza de la tradición cristiana. Este tipo de argumentaciones sostenía que cualquier tiempo pasado tenía lecturas positivas en materia de gestión de centros educativos o diseño de contenidos curriculares. En muchos casos, las escuelas coloniales fueron presentadas como ejemplos paradigmáticos, así como la cohabitación público-privada del sistema educativo decimonónico. En aquella fase histórica, la mayoría de los grupos conservadores pensaba que los gestores federales tenían que coordinar las agencias estatales, pero no imponer aspectos curriculares claramente alejados de la tradición cristiana.

Fontes

- CHICAGO DAILY TRIBUNE. Church, State, and Strife. *Chicago Daily Tribune*, Chicago, [s.l.], p. 10, 11 mar. 1928.
- CHICAGO DAILY TRIBUNE. Education and Religion Bases of Democracy. *Chicago Daily Tribune*, Chiacago, [s.l.], p. 13, 22 maio 1922.
- CHICAGO DAILY TRIBUNE. Religious Education. *Chicago Daily Tribune*, Chicago, [s.l.], p. 8, 08 jul. 1928.
- NEWSWEEK. Church Lobbies. *Newsweek*, [s.l.], v. 37, n. 20, [s.l.], 05 feb. 1951.
- THE CHRISTIAN CENTURY. Church Lobbying in Washington. *The Christian Century*, Chicago, [s.l.], p. 423, 04 abr. 1951.
- THE NEW YORK JOURNAL AMERICAN. Truman Weighs Vatican Status. *The New York Journal American*, Nueva York, [s.l.], 14 feb. 1951.
- THE NEW YORK POST. Church Lobbying in the Nation's Capital. *The New York Post*, Nueva York, [s.l.], 02 feb. 1951.
- THE NEW YORK TIMES. Truman Meets Committe on Religion in Armed Forces. *The New York Times*, Nueva York, [s.l.], p. 14, 11 out. 1950.

Referências

- ADLER, Mortimer. *Reforming education: the opening of the American mind*. Nueva York: Macmillan Publishers, 1988.
- ALEXANDER, Kern. *School law*. Saint Paul: West Publishing Company, 1980.
- APPLE, Michael. *Cultural politics & education*. Buckingham: Open University Press, 1996.
- APPLE, Michael. *Educar "como Dios manda": mercados, niveles, religión y desigualdad*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2002.
- ARONS, Stephen. *Compelling belief: the culture of American schooling*. Nueva York: McGraw-Hill Book Company, 1983.
- BADGER, Anthony. *The New Deal: the Depression Years, 1933-1940*. Nueva York: Hill and Wang Books, 1989.
- BESTOR, Arthur. *Restoration of learning: a program for redeeming the unfulfilled promise of American Education*. Nueva York: Knopf Inc, 1953.
- BLUMENFELF, Warren. Christian privilege and the promotion of "secular" and not-so "secular" mainline Christianity in public schooling and in the larger society. *Equity & Excellence in Education*, v. 3, n. 39, p. 195-210, 2006.
- BRIONES, Irene. *La libertad religiosa en los Estados Unidos de América*. Barcelona: Atelier, 2012.
- BURKE, Kevin; SEGALL, Avner. *Christian Privilege in U.S. Education*. Legacies and Current Issues. Nueva York: Routledge, 2017.
- CAÑEQUE, Carlos. *Dios en América*. Una aproximación al conservadurismo político-religioso en los Estados Unidos. Barcelona: Ediciones Península, 1988.
- CLOWSE, Barbara. *Brainpower of the Cold War: the sputnik crisis and national Defense Education Act of 1958*. Westport: Greenwood Publishing, 1981.
- COHEN, David. Policy and organization: the impact of State and Federal Educational Policy and School Governance. *Harvard Educational Review*, v. 4, n. 52, p. 474-509, 1982.
- CREMIN, Lawrence. *The transformation of the American School: progressivism in American Education, 1876-1957*. Nueva York: Vintage Books, 1961.
- CREMIN, Lawrence. *American education: the colonial experience, 1607-1783*. Nueva York: Harper Torchbooks, 1970.
- CREMIN, Lawrence. *American education: the national experience, 1783-1876*. Nueva York: Harper & Row, 1980.
- CUTLER, William. *Parents and schools. The 150-Year Struggle for Control in American Education*. Chicago: University of Chicago Press, 2000.
- DAVIES, Gareth. *See government grow. Education Politics from Johnson to Reagan*. Lawrance: University Press of Kansas, 2007.

- DOBSON, Ed; HINDSON, Ed. *The Fundamentalism phenomenon: the resurgence of conservative Christianity*. Garden City: Doubleday, 1981.
- DOERR, Edd. Religion and public education. *Phi Delta Kappan*, v. 3, n. 80, p. 223-231, 1998.
- ESPASA, Andreu. *Historia del New Deal*. Conflicto y reforma durante la Gran Depresión. Madrid: Libros de la Catarata, 2020.
- FLYNN, Kathryn. *The New Deal, a 75th anniversary celebration*. Layton: Gibbs Smith, 2008.
- GAFFNEY, Dennis. *Teachers United: the rise of New York State United Teachers*. Albany: New York State University Press, 2007.
- GLENN, Charles. Religion, textbooks, and the common school. *The Public Interest*, v. 1, n. 88, p. 28-47, 1987.
- GOOD, Harry. *Historia de la educación norteamericana*. Ciudad de México: UTEHA, 1966.
- GRAHAM, Patricia. *Schooling America*. Nueva York: Oxford University Press, 2005.
- HAMBY, Alonzo. *Beyond the New Deal: Harry S. Truman and American liberalism*. Nueva York: Columbia University Press, 1973.
- HARTMAN, Andrew. *Education and the Cold War*. The battle for the American school. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2008.
- HERRING, George. *From colony to superpower: U.S. foreign relations since 1776*. Nueva York: Oxford University Press, 2008.
- HOOVER, Herbert. *The new day: campaign speeches of Herbert Hoover*. Redwood City: Stanford University Press, 1928.
- HUTCHINS, Robert. *The conflict in education in a democratic society*. Nueva York: Harper and Brothers, 1953.
- LYNN, Robert. *Protestant strategies in education*. Nueva York: Association Press, 1964.
- MASON, Robert. *The Republican Party and American politics from Hoover to Reagan*. Nueva York: Cambridge University Press, 2012.
- MCGUIRE, Kevin. Public schools, religious establishment, and the U.S. Supreme Court: an examination of policy compliance. *American Politics Research*, v. 1, n. 37, p. 50-76, 2009.
- MORAN, Gloria. *La protección jurídica de la libertad religiosa en USA*. Santiago de Compostela: Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico Universitario de la Universidad de Santiago de Compostela, 1989.
- PROVENZO, Eugene. *Religious fundamentalism and American education*. The battle for the public schools. Nueva York: State University of New York Press, 1990.
- PULLIAM, John; DORROS, Sidney. *Historia de la educación y formación del maestro en los Estados Unidos de América*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1970.
- TERKEL, Studs. *Hard Times*. An oral history of the Great Depression. Nueva York: New Press, 1970.
- THAYER, Vivian. *Religion in Public Education*. Westport: Greenwood Press, Publishers, 1979.
- TREADWELL, Mattie. *The Woman's Army Corps (United States Army in World War II)*. Washington District Columbia: U.S. Government Printing Office, 1954.
- WINER, Laurence; CRIMM, Nina. *God, schools, and government funding*. First Amendment conundrums. Burlington: ASHGATE, 2015.
- WOODS, Jeff. *Black struggle, Red Scare: segregation and anti-communism in the South, 1948-1968*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2004.